



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



AÑO DE LA FE

XXX Domingo durante el año
27- X- 2013

Textos:

Eccl. 35, 12-14. 16-18.

Tim.: 4, 6-8. 16-18.

Lc.: 18, 9-14.

“El publicano volvió a su casa justificado, pero no el fariseo”.

La parábola de los dos hombres que subieron al templo a orar, el fariseo y el publicano, nos muestra cuál es la oración que realmente llega a Dios. El primero ora *“en su interior”*, pero en el fondo no reza a Dios, sino que se hace a sí mismo una enumeración de sus muchas virtudes, presumiendo que si él mismo las ve, Dios no podrá dejar de verlas, de tenerlas en cuenta y de admirarlas. De esta manera transita por un camino que conduce directamente al encuentro de sí mismo, y este es el camino que lleva a la pérdida de Dios.

El publicano, por el contrario, reconoce su pecado y fragilidad, un vacío de Dios que en su oración de súplica – *“ten compasión de este pecador”* – se convierte en un vacío para Dios que por su misericordia al publicano, el Señor llenará.

Cuando tenemos como meta última nuestra propia perfección, jamás encontraremos a Dios; sólo cuando tenemos la humildad de dejar que la perfección de Dios actúe en nuestro propio vacío – no pasivamente, sino trabajando con los talentos que se nos han concedido – seremos siempre *“justificados”* por Dios (Cfr. Von Balthasar).

La parábola también nos recuerda lo que la primera lectura afirma: *“La súplica del humilde atraviesa las nubes”*.

Además del tema de la oración y la humildad, en los gestos y palabras del fariseo y del publicano, subyace el tema del rol de la conciencia. Es ella la que motiva las diferentes actitudes de los dos personajes de la parábola.

La conciencia fue definida por el Concilio como *“el sagrario del hombre, en el que está sólo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de ella”* (G. et S. 16).

El juicio que el fariseo y el publicano hacen sobre su vida moral, depende de la conciencia que tienen sobre sí mismos, *“la conciencia da testimonio de la rectitud o maldad del hombre al hombre mismo, pero a la vez y antes aún, es testimonio de Dios mismo, cuya voz y cuyo juicio penetran la intimidad del hombre hasta las raíces de su alma, invitándola «con fuerza y suavidad» a la obediencia”* (Veritatis Splendor 58), de tal manera que la conciencia moral, no cierra al hombre en una soledad infranqueable e impenetrable, sino que lo abre a la luz y a la llamada de la voz de Dios; es, la

conciencia, el espacio santo donde Dios habla al hombre (Cfr. Juan Pablo II, *Discurso*, 17. VIII. 1983).

Al contemplar la actitud y las palabras del fariseo reconocemos las características de la conciencia errónea, que nos permite llevar una vida fácil, cómoda en la que la no verdad permanece alejada de la verdad. De esta manera el hombre está a su gusto más en las tinieblas que en la luz (Cfr. J. Ratzinger. *La Iglesia*).

Hermanos, debemos estar atentos porque la conciencia errónea “*protege*” al hombre de la onerosa exigencia de la verdad y del bien (Cfr. *Id.*), y el deber de buscar la verdad y el bien desaparecen. En definitiva la conciencia errónea le da al fariseo la posibilidad de la autojustificación, lo aleja de la verdad, lo encierra en un dramático y hasta patético narcisismo; y por último lo aleja del hermano al que margina y desprecia; pero sobre todo lo instala en la firme convicción subjetiva de no tener pecado ni escrúpulos. Aunque, ciertas corrientes psicoanalíticas, nos digan que debemos luchar y negar el sentido de la culpa, el sentido de culpa es tan necesario para el hombre como el dolor físico que nos permite reconocer una alteración en nuestro organismo. “*El que ya no es capaz de percibir la culpa está espiritualmente enfermo, es «un cadáver viviente»*” (A. Görres. *Culpa y sentido de la culpa*, en *Communio* 77 (1984) 56-73). El sentido de culpa, la capacidad de reconocer la culpa, pertenece a la esencia misma de la estructura psicológica del hombre (Cfr. *Id.*).

El fariseo vive un abatimiento del sentido moral que le genera una verdadera devastación espiritual que lo lleva a la pérdida de la capacidad de misericordia: “*Dios mío, te doy gracias porque no soy (...) como este publicano*”.

La otra cara de esta moneda es el publicano, en el que podemos reconocer una delicada y sensible conciencia que le permite rezar desde la verdad.

Por esta parábola el Señor nos enseña que “*resulta evidente que la cuestión de la conciencia nos lleva verdaderamente al centro del problema moral y de la misma existencia humana*” (*La Iglesia*, id.)

Hermanos, por todo esto, es fundamental la formación de la conciencia moral para poder discernir y buscar siempre la verdad y el bien. Y así podamos transformarnos renovando nuestra mente (Cfr. *Rom.* 12, 2).

Pidamos al buen Dios que ilumine siempre nuestra conciencia para que, como el publicano podamos ser, por la humildad, justificados por Dios.

Amén

G. in D.

Sofía T. de Santamarina 551 – Monte Grande (B1842CCC) – Buenos Aires – Argentina
TE: 054-011-4290-0527

www.inmaculadamg.org.ar – e-mail: mensajes.inmaculadamg@gmail.com

